



#### CAPÍTULO IV.

DE LO QUE HICIERON ZUBIETA  
Y DON MANUEL TRATÁNDOSE DE LOLA.

**P**ARA poder apreciar los estragos del tiempo, basta dejar pasar algunos días y volver hacia atrás la vista.

El amor, según hemos visto, había tomado en la casa de don Manuel un aspecto alarmante; se había empeñado una lucha cuyos resultados eran menos dudosos cada día; por que la pasión de los celos se elaboraba á sí misma, como sucede siempre, su porvenir de tinieblas.

Habían mediado ya más explicaciones entre don Manuel y Lola, y de cada una de estas sesiones íntimas resultaba la misma sombra en el ánimo de don Manuel y el mismo resentimiento en el de Lola.

Pero la verdadera gravedad en este asunto estaba por parte de Zubieta, y consistía en que, siguiendo éste las leyes del equilibrio, ocupaba el terreno que le cedía don Manuel.

Se había establecido ya como una costumbre, que Lola contara á Zubieta por las tardes todo lo que le pasaba entre una y otra visita, y estas confidencias formaban invariablemente el pasto de la conversación.

Acababa de entrar Zubieta.

Al saludar á Lola notó que ésta había llorado.

—¿Qué es esto, criatura? le dijo, por lo que veo las cosas siguen á más ¿qué ha sucedido?

—Qué ha de suceder, que mi marido es cada día mas insoportable.

—¿Ha vuelto?...

—Sí; anoche, y con una insistencia de que sólo es capaz un tonto ó un celoso, soy muy desgraciada, Zubieta, exclamó Lola con un acento que revelaba que se encontraba dispuesta á llorar apenas se presentara la ocasión.

—Cuénteme usted, criatura, quéjese usted conmigo, tendré como siempre el placer de consolarla.

—Figúrese usted, continuó Lola, que mi marido está poseído de un pensamiento que ya no lo abandona un solo momento; duda de todo lo que le rodea, vacila en todas sus determinaciones, se presenta aquí de improviso á horas en que nunca, con ningún motivo, había solido presentarse, me hace preguntas capciosas, fragua planes absurdos que no sirven más que para hacerme comprender el grado de su desconfianza perenne, y en todas, en todas y en cada una de sus acciones, estoy notando, momento por momento, que sigue obrando bajo la influencia de los celos; desaprueba todo aque-

Habían mediado ya más explicaciones entre don Manuel y Lola, y de cada una de estas sesiones íntimas resultaba la misma sombra en el ánimo de don Manuel y el mismo resentimiento en el de Lola.

Pero la verdadera gravedad en este asunto estaba por parte de Zubieta, y consistía en que, siguiendo éste las leyes del equilibrio, ocupaba el terreno que le cedía don Manuel.

Se había establecido ya como una costumbre, que Lola contara á Zubieta por las tardes todo lo que le pasaba entre una y otra visita, y estas confidencias formaban invariablemente el pasto de la conversación.

Acababa de entrar Zubieta.

Al saludar á Lola notó que ésta había llorado.

—¿Qué es esto, criatura? le dijo, por lo que veo las cosas siguen á más ¿qué ha sucedido?

—Qué ha de suceder, que mi marido es cada día mas insoportable.

—¿Ha vuelto?...

—Sí; anoche, y con una insistencia de que sólo es capaz un tonto ó un celoso, soy muy desgraciada, Zubieta, exclamó Lola con un acento que revelaba que se encontraba dispuesta á llorar apenas se presentara la ocasión.

—Cuénteme usted, criatura, quéjese usted conmigo, tendré como siempre el placer de consolarla.

—Figúrese usted, continuó Lola, que mi marido está poseído de un pensamiento que ya no lo abandona un solo momento; duda de todo lo que le rodea, vacila en todas sus determinaciones, se presenta aquí de improviso á horas en que nunca, con ningún motivo, había solido presentarse, me hace preguntas capciosas, fragua planes absurdos que no sirven más que para hacerme comprender el grado de su desconfianza perenne, y en todas, en todas y en cada una de sus acciones, estoy notando, momento por momento, que sigue obrando bajo la influencia de los celos; desaprueba todo aque-

llo que hago con intención de alhagarlo, y pretende encontrar una falta en aquello en que estoy mas lejos de ofenderlo; mi marido en fin, se está volviendo loco y creo que ha llegado la vez de poner un remedio radical á esta situación.

—¿Y qué remedio le ha ocurrido á usted?

—Me ha ocurrido pedirle á usted formalmente un consejo.

—Habíamos quedado en que iba usted á pedir ese consejo á su confesor.

—Así lo hice ya.

—Y le ha dicho á usted.....

—Me ha aconsejado la prudencia como único recurso.

—Y el consejo me parece muy acertado.

—Sí, yo también creo que el consejo es bueno, pero el recurso me parece muy ineficaz.

—¿Por qué, criatura?

—Porque mi marido me ha dado una prueba de ello; me ha echado en cara mi prudencia, diciéndome que mi prudencia en el presente caso era sospechosa, y que supuesto que tenía tanta energía y tanta re-



LOLA.

signación para callar, yo misma me entregaba, porque en todo estaba yo revelando un disimulo que no podía esconder sinó una falta.

—¿Es posible?

—Ya verá usted por esto, Zubieta, que he agotado todos los medios de conciliación, y aún poniendo en planta aquéllos que no son dictados sino por la natural indignación de verme ultrajada injustamente, han sido contraproducentes.

—Ya, ya recuerdo, dijo Zubieta, que cuando usted movida por su dignidad se ha exaltado.....

—Ya usted lo sabe, mi marido ha tomado mi exaltación como una prueba de mi culpabilidad, y hasta como un recurso gastado, según me dijo últimamente.

—Es cierto.

Después de una pausa, durante la cual Lola y Zubieta parecieron reflexionar profundamente, Lola exclamó.

—¿Qué clase de enfermedad moral es ésta, Zubieta, que acaba con la razón y con

la lógica, y contra la cual no hay recurso posible?

—Por mi parte, dijo Zubieta, como siguiendo el hilo de su propio discurso, más que la interpelación de Lola, por mi parte estoy dispuesto á hacer el mas penoso de los sacrificios, si éste hubiera de conquistarle á usted de nuevo su tranquilidad, y la paz doméstica á que es usted tan acreedora; pero por más que cabilo, por más que estudio la manera de cortar este mal, no encuentro sino que los medios que nosotros pudiéramos emplear, y que ya hemos discutido algunas ocasiones, no servirán más que para agravar la situación.

—Por ejemplo, interrumpió Lola, habíamos hablado de que usted se retire.

—Y esto, agregó Zubieta, según también hemos convenido, no servirá más que para que las gentes que han dado ya en fijarse en nosotros, corroboren que algo había de cierto y de fundado, supuesto que he llegado á salir de la casa de usted.

—Por otra parte, dijo Lola, cuando he

tratado este asunto con Manuel, ha sido el primero en prohibirme severamente que obre yo de esa manera, por que la permanencia de usted, según él mismo dice, está siendo una garantía.

—¿Una garantía?

—Si, oiga usted lo que me ha dicho á este respecto: no vacilo un solo momento acerca de la caballerosidad y rectitud de Zubieta, y él, mientras entre á mi casa como amigo, será incapaz de traicionar mi amistad: yo conozco á Zubieta, me decía, y su lealtad y sus buenas costumbres son una verdadera garantía para mí, al caso que si yo fuera el primero en cerrarle á Zubieta las puertas de mi casa, lo pondría en aptitud de verme como un desconocido, lo relevaría yo mismo de los compromisos del deber y de la amistad; el amigo no sería entonces más que *un marido*, y ya sabríamos qué clase de respeto merece un marido, y hasta qué punto se toma como una hazaña de buen gusto el burlarlo.

Zubieta pareció estar aprovechando todas

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1925 MAR 27 1927 MEXICO

y cada una de las palabras de Lola, para guardarlas como prendas de un valor inestimable.

—Tiene usted razón, Lola, su marido de usted conoce cuan poderosa es en mí la consideración de la amistad y sabe muy bien que encerrado en el círculo de hierro de mi deber seré siempre incapaz para romperlo, al paso que una vez libre de ciertas trabas daría rienda suelta á mis sentimientos y.... eso lo comprende usted ya perfectamente, Lola, entonces le diría á usted que la amo apasionadamente.

—¡Zubieta! exclamó Lola como deteniendo con solo esta palabra, cuantas pudiera decir Zubieta en medio de aquel arranque espontáneo.

Reinó repentinamente el silencio entre aquellos dos combatientes del amor.

—¡Lola! exclamó á poco rato Zubieta, no aspiro á más sino á que comprenda usted mi sacrificio; con solo que usted sepa cuánto vale mi silencio, estoy recompensado de mi sufrimiento.

—He aquí el punto á que no hubiera yo querido llegar nunca.

—No llegamos nosotros hasta allá por nuestra libre voluntad, sino porque nos impelen.

—Por desgracia eso es cierto.

—¿Por desgracia? repitió Zubieta con mucho cariño.

—Sí, por una horrible desgracia, supuesto que en ese terreno todo estaría en contra nuestra.

—Menos la felicidad.

—Para mí ya no la hay.

—¡Quién sabe! usted es digna de todas las recompensas.

—Hasta ahora sí, porque he sabido sufrir.

—Pero el sufrimiento agota las fuerzas.

—Ese es mi único peligro, por que tan luego como acabe mi resistencia, cuando llegue á ser impotente contra mis dolores....

En estos momentos se presentó don Manuel en la sala.

Su mirada quiso abarcar simultáneamente todos los detalles del cuadro, y ninguno de

los tres personajes de aquella escena pudo evitar que reinara un silencio que les pareció eterno.

Zubieta iba á ser el primero en interrumpirlo, desentendiéndose del gesto de don Manuel y saludándolo como de costumbre, pero al encontrarse con la mirada casi provocativa del marido, permaneció inmóvil.

Don Manuel fué por fin quien rompió el silencio, diciendo esta sola palabra:

—Entendámonos.

En seguida puso solemnemente su sombrero sobre la mesa, aproximó una silla y se sentó.

En aquella difícil situación se echaba de ver que de los tres personajes sobraba uno, sea cual fuere el sentido en que se tomara la intervención particular de cada uno de ellos en el asunto.

Don Manuel no había fijado todavía su mirada en ninguna parte; pero Lola y Zubieta la tenían fija en don Manuel.

Cuando éste levantó los ojos se encontró con aquellas dos miradas difíciles de describir.

Pero debió notar en la de Lola esa inarticulada y elocuente súplica, que sólo es capaz de expresar la mujer en ciertas situaciones, y al momento pensó don Manuel en la inconveniencia é incompatibilidad de uno de sus dos interlocutores; pensó en que era necesario elejir entre los dos; su tendencia primera fué la de hablar solo con Lola, pero, rebelándose algo viril en su interior, dirigió por fin su mirada á Lola de una manera que quería decir: «vete.»

Lola se levantó de su asiento y salió en silencio de la sala.

Entretanto Zubieta preparó su baterías de defensa, se puso sobre sí mismo, y esperó con cierto aplomo estóico á que don Manuel comenzase á hablar.

—Pues señor, dijo resueltamente don Manuel, aceptando esta introducción que suele ser muy útil en ciertas situaciones difíciles, acaso le parezca á usted muy extraño lo que está usted viendo, y califique usted mi conducta de imprudente y hasta de ridícula; pero, señor Zubieta, en un negocio que me



incumbe tan directamente no debe exigirme el aplomo con que pudiera tratar los asuntos de los demás: en todo caso lo que voy á decir á usted es como confidencia de un negocio para mí grave, y que demanda urgentemente una solución.

Don Manuel acabó de hablar, no sin felicitarse interiormente del sesgo feliz que había sabido darle á aquella difícil introducción.

Pero Zubieta, que como hemos visto, estaba en sus atrincheramientos, respondió con la mayor naturalidad del mundo.

—Señor don Manuel: me he honrado siempre con la buena amistad de usted, y al creerme digno de ella no puedo menos que ponerme á sus órdenes ofreciéndole de nuevo mis pobres servicios.

—¿Está usted, por lo mismo, dispuesto á darme un buen consejo?

—Efectivamente, y siempre que yo sea capaz de dar consejos buenos.

—Es usted hombre de mundo.

—He vivido algo.

—Y conoce usted el corazón humano.

—Un poco.

—Y usted por su carácter social es una de las personas mas apropósito para encontrar soluciones felices, en cuestiones que afectan la tranquilidad de una familia.

—Algunas veces, dijo Zubieta, he sabido acertar, pero eso no quiere decir que en todas ocasiones me crea....

—Pues bien, señor Zubieta, he aquí el caso que deseo consultar á usted como hombre de mundo: se trata de mi matrimonio.

Don Manuel procuró estudiar la fisonomía de Zubieta, esperando notar en ella algo que indicara emoción: pero Zubieta impasible contestó:

—Ya lo había comprendido.

—Al casarme, dijo don Manuel, encontré que era yo completamente feliz; ni una sola nube empañó mi vida, y me pareció que ya había asegurado para siempre mi tranquilidad doméstica. Una vez convencido de las virtudes y de la moralidad de mi mujer,

me pareció que tenía en estas prendas, raras hoy, la mejor garantía de seguridad ¿tenía razón en creerlo así, Zubieta?

—Indudablemente; esas son las bases mas seguras y el único fundamento sólido en que debemos apoyar nuestra felicidad, señor don Manuel.

—Y, si á pesar de esas bases, si á pesar de tener esa convicción íntima y esa seguridad, señor Zubieta, tuviera usted un día una duda, y antes de acogerla sin examen, se pusiera usted á estudiar detenidamente todos esos pequeños detalles íntimos, y cada una de esas particularidades que sólo un marido puede apreciar; si proponiéndose obrar con una prudencia á toda prueba, con un disimulo perfecto y con una calma serena, hubiera ido usted recogiendo ciertos datos, hubiera usted ido poniendo grano á grano la arena de sus sospechas hasta llegarlas á corroborar con hechos innegables; si ya persuadido íntimamente de que aquella primera felicidad ha desaparecido por completo, y el lugar único, adorable, que

usted ocupó en el corazón de su mujer, está ocupado por..... por una sombra, por una duda amarga, tras de la cual caben todas las mas absurdas suposiciones, todo lo que hay de mas desgarrador y terrible para un amante, para un marido, para un amigo; si llegara usted á palpar, señor Zubieta, esta horrible sustitución no teniendo sin embargo una de esas pruebas irrefragables y claras, sino un conjunto de convicciones, envueltas en un conjunto de sombras, pero capaces de matarlo á usted de pesadumbre ¿qué haría usted entonces, señor Zubieta?

—¿Yo? señor don Manuel, yo, inquiriría, yo buscaría lo que creyera haber perdido en el mismo lugar donde lo encontré; yo, al ver marchitarse una planta, la regaría, al ver oscurecerse mi dicha, la buscaría en sus elementos y en su origen.

—¿Eso haría usted?

—Sí, señor.

—Y si en vez de volver á tocar las primitivas delicias de la primera época de amor, encontrara vacíos por todas partes,

y en aquel campo de las primeras y queridas ilusiones no encontrara ya sinó las espinas y las malezas propias de un otoño, que no por anticipado es menos triste, ¿qué debería hacer entonces?

—¿Me habla usted, señor don Manuel, con la convicción de los hechos? ¿es una realidad la que usted me comunica, ó son las visiones del celoso, las que han formado ese cuadro sombrío que acaba usted de trazarme?

—Es la realidad, llevo mucho tiempo de estar viéndola venir y hoy la veo frente á frente.

—Está usted en un error, señor don Manuel.

—Ese error que usted supone, sería el rescate de mi felicidad. ¡Ay! ¡ojalá que me hubiera equivocado! ¡cuántas veces he procurado engañarme á mí mismo! pero todo ha sido en vano, porque al fin la verdad fría é inexorable ha triunfado de mí y de mis dudas, y se ha presentado desnuda.

—Señor don Manuel, el consejo que us-

ted me ha pedido, se hace tanto mas difícil, cuanto que ante todo sería necesario empezar por destruir el edificio de sombras que usted se ha forjado.

—De ese modo, exclamó don Manuel, no llegaremos jamás á ninguna solución, supuesto que estamos desacordes en el origen, ¿soy ó no soy juez competente para conocer si mi mujer me ama?

Zubieta guardó silencio.

—¿No me contesta usted?

—Entre ser juez y no poderlo ser, hay un escollo.

—¿Cuál?

—Los celos.

—¿Los celos? ¿yo celoso? ¿yo abrigando una pasión, que soy el primero en reconocer humillante?

—¿Cree usted no estar celoso?

—Indudablemente no lo estoy.

—¿Entonces qué explicación dá usted al vacío que encuentra en su amor, es un abatimiento espontáneo, es el cansancio, es una negación sin explicación posible como la muerte de la vista?